

# El juego de la Conciencia

Baba Muktananda

Había una vez un pastor llamado Ramja, que era muy rico. Para adorar, él tenía una estatua de oro de su deidad, Khandoba, y su montura. La montura era un caballo, y su imagen era más grande que la del dios. Lo que dicen los grandes santos es muy cierto: Lakshmi, la diosa de la fortuna, es voluble, y no hay nada que dure. Los tiempos siempre están cambiando, y la condición de Ramja también cambió. Él era rico, pero se volvió pobre. Puedes entenderlo así: una madre tiene dos hijos, uno se llama “riqueza” y el otro “pobreza”, y son verdaderos hermanos. De igual manera, placer y dolor, fama y deshonra viven juntos como hermanos. Se aman mucho entre sí, de modo que nunca viven lejos el uno del otro, y jamás se olvidan. A veces el hermano mayor nos da la bienvenida, y otras veces el menor. Cuando el hermano mayor nos recibe, obtenemos riqueza, poder, prosperidad y un reino. Cuando el hermano menor le dice al mayor: “Hermano, descansa un poco; ahora serviré yo”, entonces obtenemos pobreza, mendicidad, infortunio y miseria.

Esto es exactamente lo que le pasó a Ramja. El hermano mayor se fue a descansar, y el menor vino a saludarlo. Lo perdió todo y difícilmente podía encontrar dinero para comer y beber. La gente le decía: “Oh Ramja, ¿por qué te permites sufrir tanto? ¿Por qué no tomas las estatuas de oro de tu santuario, pides perdón al Señor, y las vendes? Entonces podrías conseguir más ovejas y emprender tu trabajo otra vez. Ahorrarás dinero y así podrás comprar nuevas imágenes, hacer que las instalen, adorarlas, y dar un festín para brahmines, *sādhus*, y los pobres, los ciegos y los cojos. Cuando tu trabajo vaya bien, podrás realizar buenas acciones”.

Cuando un hombre se vuelve pobre, incluso sus pensamientos se vuelven pobres, como el hermano menor; la pobreza no es solo de dinero sino también de pensamientos. Ramja estuvo de acuerdo con lo que la gente decía, envolvió a su Khandoba y su caballo en una tela y se dirigió al mercado de los orfebres. Se sentó en la tienda de uno de ellos, y el orfebre le dijo:

–Hola, Ramja. ¿Qué pasa?

Ramja desarrolló las imágenes del Señor Khandoba y su caballo que llevaba en la tela, y dijo:

–Quiero vender esto. Necesito dinero para vivir, así que tengo que venderlas. Dime cuánto valen.

El orfebre las pesó. La imagen del Señor Khandoba pesaba un kilo, y la del caballo tres kilos. En aquellos días uno solía conseguir un kilo de oro por solo mil rupias. El orfebre dijo:

–Ramja, te daré mil rupias por el dios y tres mil por el caballo.

Al oír esto, Ramja se indignó:

–Oye, ¿es que no tienes cerebro? –gritó–. ¡Mil por mi Señor y tres mil por su caballo! ¿Es que no entiendes? –Ramja enrojeció de ira.

El orfebre dijo:

–Escucha, Ramja, tú eres el que no tiene cerebro. Tú las ves como el Señor y su caballo, pero para mí son solo oro y valen lo que pesan. Tu dios pesa un kilo de oro, así que vale mil rupias. Tu caballo pesa tres kilos, así que vale tres mil. Si quieres venderlos, véndelos; si no, sigue tu camino.

El gran Siddha Eknath Maharaj tenía una igualdad de visión como esa. Él veía solo el oro; para él no había más que Dios en todas partes del mundo. No tenía conciencia de más alto ni más bajo, de diferencias entre castas, entre individuos, entre grande y pequeño. *Harireva jagat*, “El Señor mismo es el universo”, era la forma en que él lo veía, y vivía en un espíritu de completa igualdad. Un día, una muchacha de la casta *māhar*, que es de parias, fue a verlo y le habló con gran amor y afecto:

–Oh Baba, Dios saca agua para ti en tu casa, Yo no puedo ver a ese Dios ni puedo llamarlo. Oh Eknath Baba, tú eres mi Dios. Por favor ven a mi choza y come mi pan seco y mi *chutney*. He escuchado tus historias. Tú dices que un gran santo es igual que Dios. Así que, Baba, por favor ven a comer a mi casa. He venido a invitarte.

De esta manera, ella lo invitó muy humildemente, y Eknath Maharaj aceptó. Fue a su casa y comió los sencillos alimentos que ella le preparó. Toda la gente lo vio. ¿Y qué pasó entonces? Todos comenzaron a hablar de eso.

La gente decía: “Mira a ese Eknath, es un brahmín y un devoto adorador de Vishnu, y ha ido a comer a la casa de una paria. Qué vergüenza para él. Se ha manchado. Ningún brahmín irá a la casa de este hombre que ha roto el dharma de su casta”. Así que todos los brahmines del pueblo lo excomulgaron.

Esto no le importo a Eknath Maharaj. Él se sentía tan feliz y alegre como siempre. Era su costumbre dar la bienvenida a la buena y a la mala fortuna como si fueran lo mismo, así que permaneció imperturbable. Toda la aldea se volvió en contra suya, diciendo cosas sobre él, insultándolo y condenando lo que había hecho; pero Eknath Maharaj no sufría en absoluto. Aunque era jefe de familia, este santo tenía una perspectiva de completa igualdad.

